

LA ÚLTIMA EXPEDICIÓN DE DRAKE Y HAWKINS

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



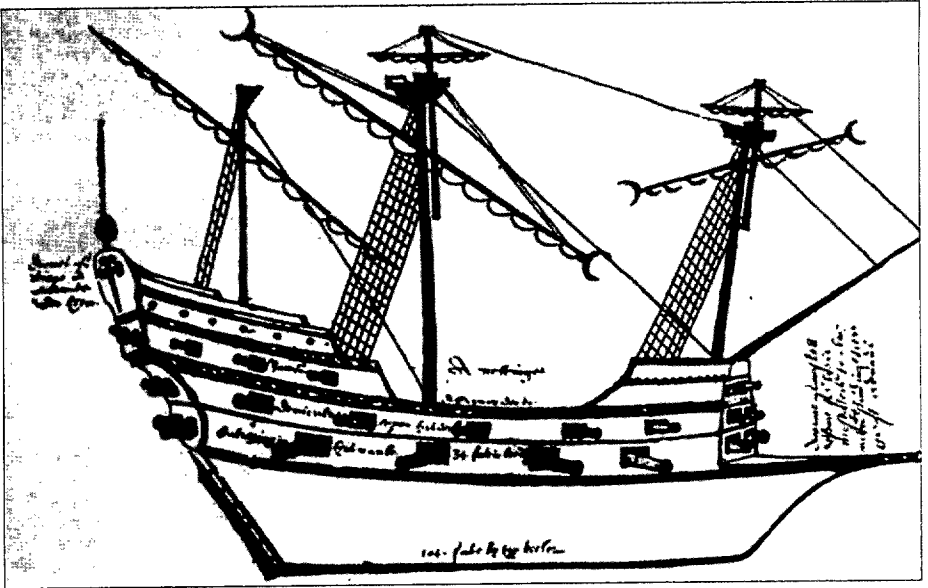
A guerra entre España e Inglaterra duraba ya muchos años, y pese a las expectativas creadas por el fracaso de la «Invencible», lo cierto es que no iba bien para los ingleses, tras su fracaso ante La Coruña y Lisboa de 1589, o su derrota en las Flores del año siguiente, en la que se perdió tras heroico combate nada menos que el galeón real *Revenge*, insignia que había sido de Drake en las dos citadas campañas. Y aunque los malos tiempos

habían protegido hasta entonces a Inglaterra de los sucesivos intentos de invasión, lo cierto es que los ansiados triunfos y botines parecían estar más lejos que nunca, ante unas escuadras españolas tan renacidas como tenaces en la lucha. Pese a los reiterados intentos, lo cierto es que no se había podido apresar ni siquiera parte de una de las ricas flotas de galeones ni arrebatarse un palmo de tierra a los extensos dominios de Felipe II.

Algo de gran estilo debía de intentarse a fin de salir de aquel *impasse* que estaba agotando las no muy crecidas fuerzas de la monarquía de Isabel I. Un siempre inquieto Drake, y más desde su relegamiento a un cargo oscuro en tierra, propuso a la reina una nueva expedición contra el Caribe, con el objetivo, nada menos y aparte de los habituales saqueos, de establecer una colonia inglesa en el istmo de Panamá, base desde la cual se pondría en peligro todo el dominio español sobre el área. La reina accedió, pero desconfiando, por la dura experiencia de la capacidad de Drake para el mando de grandes y complejas expediciones, puso como condición que compartiera el mando con John Hawkins, reputado como navegante y



El gran marino, constructor y organizador inglés Hawkins, quien compartió el mando de la desgraciada expedición con Drake.



Esquema de la época de un galeón español: nótese las poderosas baterías de proa y popa, así como el aumento del calibre de las piezas según se emplazaban más cerca de la flotación.

aún más como organizador de la Marina británica y reformador del diseño de sus buques. Como si un mando compartido entre dos no creara ya suficientes problemas, se dio el de la fuerza de desembarco a Sir Thomas Baskerville.

La expedición resultó la más poderosa enviada hasta entonces contra las Indias españolas, con seis galeones reales: *Garland* y *Defiance*, recién construidos, y los ya veteranos *Bonaventure*, *Hope*, *Foresight* y *Adventure*, y otras veintidós embarcaciones de distintos tamaños. Las dotaciones incluían 1.500 marineros y unos 3.000 soldados, contándose con gran número de barcasas para facilitar los desembarcos.

Fracaso en Las Palmas

El 7 de septiembre de 1595 zarpó la escuadra de Plymouth y, como se repitió tan a menudo en las expediciones inglesas de entonces, pronto se advirtió que faltaban víveres. Ante esto, Drake propuso atacar las Canarias y obtener así los necesarios tras una fácil victoria que levantaría la moral de las dotaciones. Hawkins se opuso, afirmando que se perdería tiempo y, sobre todo, el factor sorpresa, pero ante las seguridades de Baskerville de que sus tropas conseguirían la victoria en pocas horas se decidió atacar Las Palmas, donde se llegó el 6 de octubre.

La por entonces pequeña ciudad no pudo sino reunir precipitadamente a mil defensores, muchos de ellos civiles armados de prisa y corriendo y con escasas municiones. Los buques británicos se acercaron para batir los castillos de Santa Catalina y Santa Ana, mientras que unas 27 barcasas con unos 500 hombres se acercaban a la playa. Allí les esperaban los milicianos, con seis pequeñas piezas, con las que, tras hora y media de fuego y tras hundir cuatro de las barcasas y averiar varios de los buques atacantes, hicieron retirar a sus enemigos con unos cuarenta muertos y numerosos heridos.

Baskerville dijo entonces que no tomaría Las Palmas en cuatro horas como había afirmado antes, pero que estaba seguro de que lo haría en cuatro días. Pero ya ni Drake quiso saber nada de repetir el intento. Sin embargo, las provisiones seguían siendo necesarias, así que se eligió un lugar despoblado para conseguir las sin peligro en la bahía de Arguineguin. Desgraciadamente para su intento, patrullas de caballería seguían la costa, sorprendiendo un bote de la escuadra, matando a ocho de sus tripulantes y apresando a dos, por lo que se descubrió la misión de la expedición, enviando rápidamente avisos a España y a Indias. Por su parte, y nuevamente frustrada, la escuadra inglesa se proveyó de agua y leña en lugares despoblados de La Gomera, tras lo cual, el 9 de octubre, salieron de allí hacia Puerto Rico.

Puerto Rico

Por uno u otro conducto, el siempre bien informado Drake se había enterado de que en San Juan había una muy apetecible presa. En efecto, la capitana de la flota de Tierra Firme, la *Nuestra Señora de Begoña*, con su general, Sancho Pardo Osorio, se había visto desarbolada y separada del convoy por un fuerte temporal. Con un aparejo provisional y bombeando el agua de la sentina, el galeón consiguió por fin llegar a puerto con la preciosa carga de tres millones de pesos en plata. Inmediatamente se envió un buque a España, y de allí se ordenó la salida de las cinco fragatas (buques de nuevo diseño, rápidos pero fuertemente armados para su limitado tamaño) al mando de Pedro Téllez de Guzmán.

Tanta prisa se dieron las fragatas que toparon, cerca de la isla de Guadalupe, con parte de la escuadra de Drake, combatiendo con siete de sus buques y apresando al *Francis*, con 25 supervivientes de sus 70 hombres. Por ellos supieron el peligro que se cernía sobre San Juan, y hacia allí dieron la vela, llegando el 13 de noviembre.

El refuerzo fue bienvenido, pues la ciudad sólo disponía de 400 soldados y trescientos vecinos armados sumariamente, a los que se unieron los 300 del galeón averiado y los 500 de las dotaciones de las fragatas. Con ellos se dispusieron las defensas, especialmente echando a pique varios buques viejos (entre ellos el destrozado galeón) en la bocana del puerto para impedir la



Una escuadra inglesa al mando de Drake ataca una población española del Caribe.

entrada de los ingleses, y fondeando detrás las fragatas para cubrir con sus fuegos la bocana.

El 22 apareció por fin el enemigo frente a punta Escambrón, fondeando con algún descuido, pues unos cañones allí emplazados alcanzaron a la insignia de Drake en su propio comedor y cuando éste se hallaba sentado con varios de sus capitanes. Drake salió ileso, pero murieron los capitanes Clifford y Brown, aparte de otros cinco heridos.

Tras varios amagos y tanteos, se decidió por fin realizar el ataque en la noche del día 23: no menos de 30 barcazas con 50 hombres en cada una debían dirigirse contra las fragatas, quemarlas con artefactos incendiarios y luego asaltar la ciudad. El intento estuvo a punto de lograr el éxito, pues tres de las fragatas se incendiaron, pero en dos el fuego pudo ser atajado rápidamente antes de que causara graves daños, aunque la *Magdalena* ardió por entero. Lo que podía haber sido un serio contratiempo se convirtió en una inesperada ventaja, pues las llamas de la fragata iluminaron toda la escena, permitiendo a los españoles acribillar a las barcazas y a sus dotaciones con el fuego de mosquetes, arcabuces y cañones. Unas nueve barcazas resultaron hundidas, perdiéndose no menos de 400 hombres y fracasando totalmente el ataque. Los españoles tuvieron 40 muertos, la mayor parte en la incendiada fragata, aparte de numerosos heridos.

Hubo todavía algún intento menor de desembarco en los días siguientes, prontamente rechazado; así que Drake ordenó el 25 levar anclas y abandonar

el escenario de su segunda intentona y segunda derrota. Era ya el jefe único de la expedición, pues Hawkins había muerto de enfermedad poco antes de llegar a Puerto Rico.

Panamá y la muerte de Drake

Cualquiera pensaría que el gran corsario inglés, aleccionado por aquellos dos sonoros fracasos en puntos tan lejanos de su misión principal, se dirigiría ahora sin pérdida de tiempo a su objetivo, Panamá; pero lo cierto es que buscando desesperadamente un éxito fácil se entretuvo intentando saquear pequeñas poblaciones abandonadas, de las que poco pudo obtener y a las que incendió por despecho. Mientras, las cuatro fragatas de Téllez de Guzmán, con la plata en sus bodegas, zarparon el 20 de diciembre de Puerto Rico, llegando felizmente a España.

Por fin, el 6 de enero de 1596 llegaban los ingleses frente a Nombre de Dios, en el istmo, también abandonada. Se decidió una expedición por tierra al mando de Baskerville para tomar Panamá, mientras que Drake, con barcasas, remontaría el río Chagres con el mismo objetivo. Lo cierto es que Drake no hizo nada, y los casi mil hombres de Baskerville sufrieron una derrota frente al fuerte de San Pablo, defendido sólo por 70 hombres al mando del capitán Enríquez. Varios asaltos fueron frenados en seco por el fuego de arcabuces y algunos pedreros, y cuando se preparaba el último llegó a los españoles un refuerzo de sólo 50 hombres al mando del capitán Lierno Agüero. No podía esperarse gran cosa de tan pequeña tropa, pero su jefe tuvo el acierto de hacer tocar a sus hombres toda clase de tambores y clarines como si se acercara una gran fuerza, provocando la huida desordenada de los atacantes, que sólo se recobraron, tras días de marcha y de ser hostigados por los españoles y los propios indígenas, al llegar junto a sus buques. No menos de 400 hombres fueron baja entre las tropas de Baskerville, entre muertos, heridos, desaparecidos y enfermos.

Un desalentado Drake puso fuego a la abandonada Nombre de Dios y zarpó nuevamente el 15 de enero, volviendo a tocar en algunos puntos para suministrarse de provisiones, consiguiéndolas en pequeña proporción y siempre a costa de nuevas bajas a manos de los pobladores. Por último, el gran corsario, minado por sus fracasos y por una disentería, falleció el 28 de enero, recayendo el mando supremo ahora en Baskerville.

El combate de la isla de Pinos

Para el nuevo jefe de la expedición, el fracaso de ésta ya parecía innegable: a las bajas en combate se habían unido las producidas por la escasez de

subsistencias y las enfermedades y sólo cabía ya pensar en la vuelta. Pensemos que sólo entre los mandos habían muerto los dos almirantes, 15 capitanes y otros 22 oficiales. Por ello, decidió deshacerse de los barcos en peor estado, para los que faltaban ya brazos, quedándose con 18, a los que condujo a la isla de Pinos, cercana a Cuba, para repararse, limpiar fondos y aprestarse para el largo viaje de regreso.

Mientras, en España, al conocerse la incursión de Drake y Hawkins en el Caribe, se organizó a toda prisa una escuadra, al mando de Bernardino de Avellaneda, llevando como almirante (en la época segundo jefe) a Juan Gutiérrez de Garibay, que zarpó de Lisboa el 2 de enero con ocho galeones, 13 embarcaciones menores y un total de 3.000 hombres embarcados. La mala suerte hizo que se encontraran con una dura tempestad en el Atlántico, que dispersó la escuadra y causó serias averías en los buques, que fueron llegando a la deshilada a Puerto Rico desde el 17 de febrero, lugar desde el que se dirigieron a Cartagena de Indias para reparar.

Sin completar las reparaciones, salió precipitadamente de allí la escuadra el 2 de marzo, al tenerse noticias ciertas de la flota enemiga. El día 11 la avisó en la costa de la isla de Pinos el almirante Garibay, que se había adelantado con tres buques, sorprendiendo a los ingleses con sus botes en tierra por estar haciendo aguada. Sin contar el número, Garibay se introdujo entre sus enemigos a cañonazo limpio. Éstos picaron sus anclas y abandonaron sus botes, poniéndose en retirada mientras respondían con sus cañones a los atacantes. Aparte de los botes perdidos, fue apresado uno de los galeones ingleses, con 300 hombres, y una de las pinazas, con 25, al coste de uno de los españoles, incendiado y que posteriormente estalló, y unas ochenta bajas entre muertos y heridos. Avellaneda con el grueso de la escuadra los persiguió hasta el canal de Bahama, pero los ingleses, como hemos dicho, tenían recién reparados y limpios sus buques, y mojando sus velas y arrojando al mar toda clase de pesos, incluso algunos cañones, consiguieron distanciarse y evitar así un derrota total.

Sólo ocho de los 28 buques que tan confiados habían salido el año anterior de Inglaterra consiguieron volver tras una penosa travesía, que de nuevo se cobró numerosas víctimas entre las agotadas, desmoralizadas y enfermas dotaciones. Así de trágicamente terminó la ambiciosa expedición mandada por los dos marinos ingleses más famosos de su tiempo.

Tal vez muchos recordarían que justamente la primera expedición de Hawkins y Drake (entonces un joven principiante), en 1568, terminó en un desastre parecido frente a Veracruz, con pérdida de los cinco buques mayores y salvándose los mencionados en las dos pinazas restantes.

La Historia, a veces, presenta estas asombrosas simetrías, con el irónico resultado añadido de que la carrera de ambos se abriera y se cerrara con sendos desastres.